

El mayor éxito

editorial de la temporada lo está
constituyendo el quinto libro de

Los Grandes Filmes
de LA NOVELA SEMANAL
CINEMATOGRAFICA

LOS ENEMIGOS DE LA MUJER

basada en la célebre novela del insigne
escritor Vicente Blasco Ibáñez.

128 páginas de buena literatura.
36 fotografías.

Lo increíble por el popularísimo precio de
UNA PESETA

Todas las publicaciones de

LA NOVELA SEMANAL
CINEMATOGRAFICA

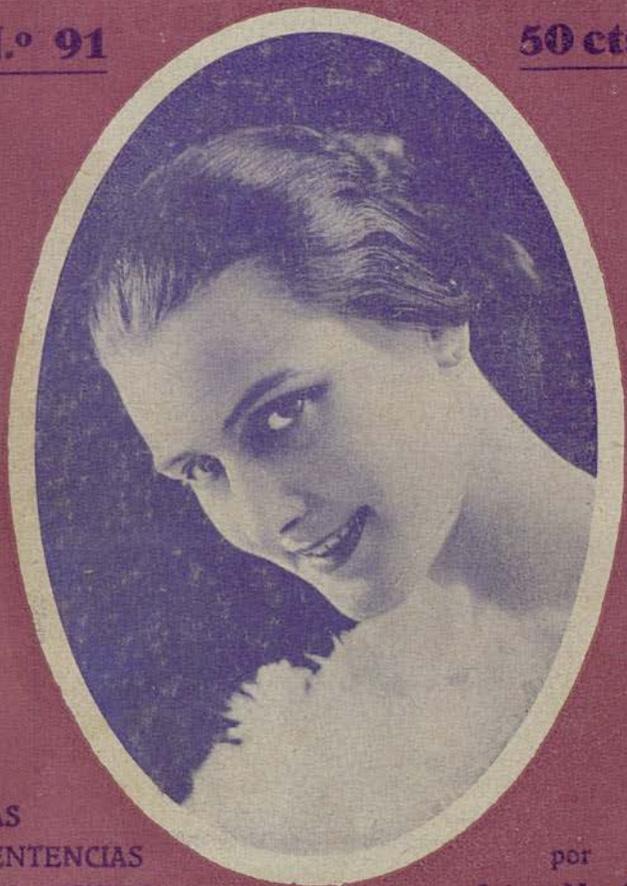
son otros tantos grandes éxitos jamás
logrados por publicación alguna.

E. VERDAQUER MORERA.—TOPETE, 16.—TARRASA

La Novela Semanal Cinematográfica

N.º 91

50 cts.



LAS
SENTENCIAS
DEL DESTINO

por
Arlette Marchal

NÚMERO EXTRAORDINARIO

FilmoTeca
de Catalunya



LA NOVELA SEMANAL CINEMATOGRAFICA

Redacción { Gran Via Layetana, 17
Administración { Teléfono 4423-A
BARCELONA

AÑO III

N.º 91

LAS SENTENCIAS DEL DESTINO

(SMATI LE TERRIBLE, 1923)

por las famosas "vedettes"

ARLETTE MARCHAL y GINETTE MADDIE

Novela original de JEAN VIGNAUD

Adaptada a la cinematografía por

LOUIS MERCANTON y RENÉ HERVIL *

Presentaciones del

CONSORCIO INTERNACIONAL DE EXPLOTACIONES CINEMATOGRAFICAS

Por contratación comercial C. I. E. C.



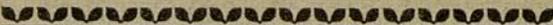
CENTRAL: Aragón, 231 bis ---: BARCELONA

Clasificación SUPERFILMS

Argumento de la película de dicho título

Con esta novela se regala la postal-fotografía de

ITALIA ALMIRANTE MANZINI



Las sentencias del Destino



En Argel, el antiguo nido de piratas, que como una concha espléndida abre sus valvas refulgentes, brindando al extranjero sus misteriosas bellezas.

La civilización tiene por misión destruir todo lo que sea poesía, y así la blanca Argel se ha visto tiznada, maltrecha, convertida en uno de los centros carboníferos más importantes del mundo, a donde acuden los desheredados de la fortuna en busca del oro que puede proporcionarles el manejo del negro mineral.

Mudelo era uno de los que habían triunfado en la ruda lucha y en sus depósitos empleaba a un crecido número de seres heterogéneos de

razas y caracteres, predominando los indígenas.

Los días de pago, todos los soldados desgraciados de aquel «ejército negro», agolpábanse tumultuosamente ante las oficinas, para recibir el menguado jornal que había de pro-

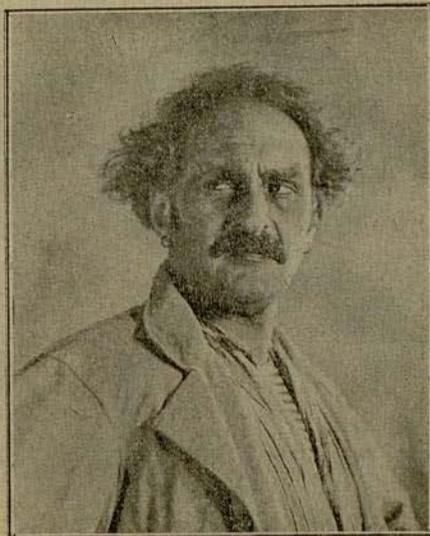


Argel

porcionarles el bien escaso alimento. De la contemplación superficial de esa escena se deducía que en todos los cerebros anidaba el temor de llegar tarde para cobrarse lo que les daban por sus fatigas.

Sarati, apodado «El Terrible», individuo

brutal y poco escrupuloso, era hombre que sabía dar de vez en cuando, a los obreros del carbón, algún dinero, para obligarlos luego a visitar su establecimiento. Pues tenía una can-



Sarati, «El Terrible» Henri Baudin

tina, en donde con poco trabajo conseguía que pasasen a su bolsillo las monedas que otros habían ganado penosamente; operación esta que «engrasaba» con sendos tragos de alcohol.

La brutalidad del patrono del barracón con-

trastaba singularmente con la simpatía que el agraciado rostro de Rosita — encargada del mostrador —, irradiaba en todos los parroquianos, sin excepción del ente más sombrío.

Rosita tenía un nombre que le cuadraba.



Rosita . . . Ginette Maddie

Era una chiquilla vivaracha, gentil y alegre. Recogida de la Casa de Expósitos por Sarati, crecía ufana, a pesar del mal terreno en que se desarrollaba. Era la alegría del barrio, rosa entre espinas, ruiseñor revoloteando sobre un

charco de miseria con inagotable dulce trinar...

Flor temprana de la mañana de la juventud, Rosita exhalaba por doquier su aroma de primavera sedienta de piedad para todos...

Ella era la única que lograba ablandar el duro corazón de Sarati; la sola criatura que



Rosita era la encargada del mostrador...

éste amaba más que a las niñas de sus ojos.

Allí llegó cierto día un nuevo humano arrastrado por las olas traidoras del mar de la vida, para atar con cadenas su humanidad deleznable...

¿Quién era? ¿Qué importaba su nombre!

¡Uno más! Cual un lucero de la noche, brillaría entre las sombras, mas pronto desaparecería confundido en ellas.

El emigrado era joven, estaba triste y tras mucha indecisión se decidió a pedir a Mudelo el ingreso en las filas de su «ejército negro».

El comerciante en carbones, haciéndose cargo de la dolorosa situación por que estaba pasando el desconocido, y sinceramente afectado por la compasión de que la mirada de aquel hombre, al parecer distinguido, le llenaba el alma, le contestó:

—Ven mañana y procuraré darte trabajo. En cuanto a sitio para pasar la noche... no recuerdo ninguno a propósito para tí.

En este momento Rosita cerraba la cantina y Sarati preparaba el carruaje, en que la hospiciara y él acostumbraban regresar a su hogar, algo distante del puerto.

Mudelo vió los preparativos del cantinero y su ahijada, y manifestó al recién desembarcado:

—Ahora caigo en que quizá Sarati podría ofrecerte albergue. Ven conmigo y te presentaré.

El paria siguió a Mudelo y a poco encontráronse junto a Sarati y Rosita, ésta ya en el pescante del coche.

—Este hombre trabajará desde mañana a

mis órdenes y desea un albergue desde esta misma noche. ¿Puede dárselo, Sarati?—dijo Mudelo al cantinero.

Sarati miró de pies a cabeza al desconocido y luego repuso, dirigiéndose a éste:

—Sube esta noche a la Alcazaba y veré de que no duermas al aire libre.

Agradeció el paria la buena intención de Sarati y éste alejóse con Rosita, en el carruaje, hacia la Alcazaba.

El desconocido, muy triste, permaneció un momento inmóvil siguiendo al coche hasta que se perdió.

En su ensimismamiento no había notado que unos ojos llenos de bondad le dirigieron, mientras él estaba a su alcance, cariñosas miradas más que de piedad de simpatía.

El alma compasiva era la de Rosita, de esa gentil violeta que no vió jamás en su vida de niña sin afecto de seres de su sangre, un rostro de hombre tan estimulante a la confianza como el del emigrante....

Sarati y Rosita llegaron poco después a la Alcazaba.

En sus estrechas y tortuosas callejuelas, allí donde los antiguos magnates tenían sus palacios, es donde se han refugiado los indígenas y los pobres trabajadores, cuyo rostro

tizado no se diferencia mucho del de aquéllos.

Sarati poseía un palacio, antigua guarida de un opulento pirata. En él había instalado un hotel—de algún modo teníamos que determinar lo que ello quería ser—no muy limpio y mucho más sospechoso.

En el atrio del establecimiento se congregaba una masa de carne hediendo a sudor y fustigada por el mal vivir.

Remedios, hermana de Sarati, era su criada. Aunque su aspecto no fuese precisamente elegante, en cuanto a buenos sentimientos era el polo opuesto de su hermano. De sobra lo sabía Rosita, que la quería como si fuera su madre.

La «casa» tenía su portero; y éste era un indigena, perro fiel al bruto de su amo, más gandul que una hamaca en verano.

Beppo, sobrino de Remedios, soltero de cuarenta años para arriba, era un perezoso con tanta maña, que sabía arreglárselas para vivir sin hacer nada útil y como un parásito de Sarati, sin que éste lo aplastase un día de un manotazo. Hemos dicho que vivía a costas del cantinero, porque el dinero que sonsacaba a la tía, era parte del metálico que el propio Sarati entregaba a su hermana para los gastos del hogar.

El regreso de Sarati del puerto a su casa,

no pasaba inadvertido por los concurrentes al establecimiento semi-fonda y semi-cárcel, pues su instinto de superioridad a todos se dejaba sentir por nimias razones en salvajes manifestaciones de agravio en cualquier parte del cuerpo de los infelices que cruzaba en su camino. Era como el capataz sin entrañas de un penal olvidado de la protección de la humanidad consciente.

Pero cuando Sarati se encontraba en su casa y ante Rosita, desvanecía como por encanto su ferocidad innata.

A la hora de la cena y mientras el dueño y señor de aquel palacio entregábase al dulce coloquio diario con su ahijada, el portero Achmet vino a anunciarle que el joven a quien prometiera hospedaje deseaba verle.

Sarati salió a recibir al desconocido y lo condujo a una pieza sin holgura que servía de despacho del hotel, y le hizo inscribir su nombre y punto de procedencia en el registro del establecimiento.

Rosita, empujando consigo a Remedios, presenció desde las rejas de una ventana lo que hacían Sarati y el joven.

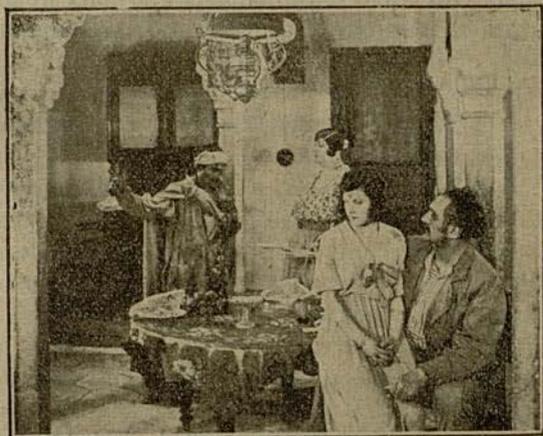
—¿Es éste joven?... Tiene unos modales tan finos... ¡Y es tan simpático! —exclamó la mujer niña.

El paria acababa de llenar los requisitos so-

licitados por el hostelero, escribiendo estas únicas palabras: *Gilberto-Marsella*.

Sarati, leyendo la inscripción, le preguntó con extrañeza:

—¿Es este tu apellido, es decir, tu nombre de familia?



... y mientras el dueño y señor de aquel palacio entregábase al dulce coloquio diario con su ahijada, el portero Achmet vino a anunciarle...

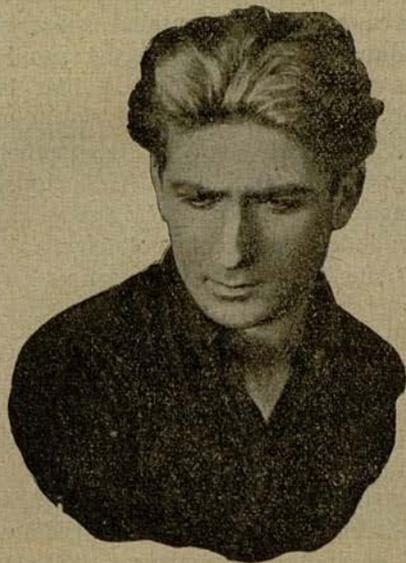
—No se trata aquí del nombre de mi familia... sino del mío.

Duplicó Sarati sus sondeadoras miradas y automáticamente cerró el libro.

Rosita murmuró a Remedios:

—¿Ves qué misterioso es?... ¡A lo mejor es un rey de incógnito!

La hermana de Sarati asentía en las opiniones de que le hacía partícipe Rosita y no aso-



Gilberto de Keradec André Féramus
(de la "Comédie Française")

mó a sus ojos el menor gesto de asombro al oírla hablar de aquel modo, encontrando sin duda muy natural que el corazón joven de la

niña se sintiera interesado por la suerte de un, al parecer, buen muchacho.

Las dos mujeres vieron y oyeron aún más cosas.

—¿Podría usted indicarme alguien que me prestara una pequeña cantidad sobre mi reloj?—inquirió Gilberto a Sarati, poniéndole bajo sus ojos el aludido objeto—. Me bastan cincuenta francos.

Sarati, sin darle mucha importancia al canje, se avino a complacer a Gilberto.

—Aunque sin dinero... ¡qué rumboso!... ¡Dar un reloj de oro por cincuenta francos!—surró Rosita a Remedios.

Después de esta escena, Sarati se dispuso a acompañar a Gilberto al dormitorio donde podría pasar la noche.

En el umbral del mismo, le dijo:

—Hoy tendrás que dormir con el ganado. Mañana procuraré darte una habitación.

El cuarto y ganado a que se refería Sarati eran nada menos que un sombrío recinto y un puñado de indígenas y míseros trabajadores del carbón tendidos en el suelo como viejos muebles abandonados en el rincón de lo inútil...

Resignado y venciendo los naturales escrúpulos de mezclarse en aquel caos de la humanidad desválida, no exhaló la más leve protes-

ta... a pesar de sentirse inundado en lágrimas hasta lo más recóndito de su alma.

Sarati, al dirigirse a su habitación, vio a Rosita, sola, apoyada en la barandilla del piso en que se encontraban los aposentos de la familia, y con la dulzura que podía poner en sus



Resignado y venciendo los naturales escrúpulos de mezclarse en aquel caos de la humanidad desválida,...

palabras, le dijo:

—¿Qué haces aquí?... Anda a dormir, rapazuela curiosa...

Rosita obedeció, ocultando a su padre adoptivo la inexplicable tristeza que repentinamente había invadido su ser.

En su habitación, Sarati contempló con alegría el reloj de Gilberto, de oro legítimo, y abriendo una de sus tapas, la corriente de la codicia estremecióle todo.

—Nada menos que una corona... Veo mucho misterio por ahí. Me huelo que podré hacer



Gilberto se había alistado en el «ejército negro»

algún negocio con esta esfinge.

*
**

Al día siguiente.

Gilberto se había alistado en el «ejército negro».

Los indígenas, ignorantes de su desgracia,

burlábanse del nuevo obrero que se distinguía del importante núcleo de infelices por sus finas maneras.

—¡Ya se te agrietarán las manitas, Milord!— le decían.

Pero Gilberto cerraba sus oídos a la mofa de sus compañeros de infortunio y cumplía con su obligación como corresponde a un hombre cabal.

Beppo, el aprovechado sobrino de la buena-za de Remedios, había sido encargado por Sarati de vigilar a Gilberto con el exclusivo objeto de descifrar el enigma que su presencia en aquella ciudad parecía encerrar.

—Le sigo constantemente; pero hasta hoy no ha dejado traslucir nada—manifestó cierta vez Beppo a Sarati.

—Aquí tienes más cuartos; mas si no traes pronto noticias de interés... te declaro cesante en el empleo, ¿estamos?—le replicó Sarati, afanoso de desentrañar el secreto de su huésped.

¿Qué terrible historia había sumido a Gilberto en tal estado? ¿Quién era, de dónde venía, qué esperaba cada día, de cara al mar, al adormecerse el espacio?... Nadie lo sabía, pues lejos de confienciarse con alguien en los momentos de asueto, se aislaba de los que el duro sino le había dado por compañeros.

Rosita, cada día más inclinada, por no sabía

qué hondo motivo, a Gilberto, cuya inagotable melancolía se le contagiaba sin poderlo evitar, se permitió, cierto mediodía, durante la comida, acercársele y preguntarle:

—¿Por qué se aparta usted siempre de nosotros?

Gilberto levantó sus ojos hasta los de Rosita y con una sonrisa afligida en los labios le contestó:

—Por Dios, señorita, no diga usted de *nosotros*... sino de *ellos*.

Rosita no sabía de galanterías y, sin embargo, recogió la de Gilberto.

—¡Qué cumplido tan delicado! Es usted el hombre más fino de toda la tierra.

Volvióla a mirar Gilberto y entre las sombras de su desdicha alzóse la silueta de un ángel que le prodigaba, desde la llegada a su destierro, el beneficio de su bondad.

Por su parte, Rosita no se sentía intimidada ante Gilberto... y le parecía que lo conocía desde muchísimo tiempo... desde que empezó a soñar y a sentir la necesidad de buscar la explicación de sus fantasías juveniles.

*
*
*

Al terminar cada penosa jornada de rudo trabajo, Gilberto vagaba por la ciudad misteriosa como un alma en pena que huyera de sus propios recuerdos, y el final de su incons-

ciente carrera era siempre el puerto... allí donde podía divisar la partida de los buques con rumbo a las costas de Francia.

Beppo procuraba ganarse lo mejor que podía los cuartos que Sarafí le daba, espiando a Gilberto oculto detrás de un parapeto del muelle.

Como si las naves que desaparecían en el horizonte se llevaran prendido en su más alto mástil el dolorido corazón del desdichado paria, Gilberto quedaba como anonadado, atormentado por tristes remembranzas e insaciables ansias.

El aire del destino trajo cierto atardecer al triste, una plana de periódico de la lejana patria, en el que Gilberto descubrió un suelto de sociedad que despertaba en él una mezcla de recuerdos en la que predominaba la horrible mueca de la tragedia.

El eco del gran mundo decía así:

La Marquesa de Keradec dará el día 17 una velada íntima para celebrar el próximo enlace de su hijo Gilberto con la señora Hermin, viuda de Licenac.

La evocación del pasado penetró en lo vivo de la llaga que Gilberto tenía abierta, sangrando recuerdos...

*
*
*

... Elena, la encantadora prometida de Gil-

berto, era una viuda deliciosa a quien después de una boda desgraciada, Dios libró del terrible yugo al medio año de casada...

Raul, hermano de Gilberto, estaba perdidamente enamorado de la preciosa y joven viuda.

El día de los esponsales de Gilberto y Elena, en medio de la fiesta que se celebraba en el castillo de la Marquesa, el primero recibió la siguiente carta:

*American Club
Saint Maló*

*Señor Conde de Keradec
Castillo de la Roche
Plangoet*

Muy señor nuestro:

Tenemos el sentimiento de comunicarle que si antes de las 24 horas no ha satisfecho usted la suma de DOSCIENTOS MIL FRANCOS que perdió bajo palabra, nos veremos en la dolorosa precisión de aplicarle con todo rigor el artículo 27 de nuestro reglamento.

Por el Comité, F. Bernard.

Desesperado, Gilberto huyó del ruido de la fiesta a otra habitación del castillo, a donde su madre, extrañada de su ausencia del salón, fué a buscarlo.

—Hijo mío, ¿por qué abandonas a los invitados?... No sé qué te pasa... Estás nervioso y preocupado...

Gilberto, necesitando franquearse con alguien—y nadie mejor para ello que su madre—, le dió a leer la citada carta, tras lo cual la Marquesa, presa de angustia, exclamó:

—¡Desgraciado! Llegar a tal situación, precisamente en vísperas de tu boda. Harto sabes que no puedo, ahora, sacarte de tamaño apuro... Quizá tu hermano que acaba de hacer un balance tan brillante... Pero ahora, hijo mío, es conveniente que vuelvas al salón y disimules... Después hablarás con Raul y ya veremos de arreglar eso...

Gilberto reapareció en la fiesta y sus oídos sorprendieron los comentarios que de su familia hacían dos invitados:

—El otro día Gilberto perdió una importante suma en el club...

—Sí, creo que cifra unos doscientos mil francos, ¿no?

—En efecto, y no creo que pueda pagarla. Su madre es usufructuaria de los bienes de la familia... Y en cuanto al hermano... ¡como no le venda Gilberto su puesto de novio de la viudita!...

Gilberto no quiso seguir más la conversación de los hipócritas que en su propia casa se atrevían a la difamación. Y, obligado a fingir para no dar pasto a las malas lenguas, reunióse con Elena, de la que se separó Raul— que

la colmaba, como siempre, de atenciones—, al presentarse su hermano.

—Elena... ¡Si supieras cuánto te amo!... ¡Tengo un miedo de perderte!...— la murmuró Gilberto acariciándole las manos.

Elena, dichosa de considerarse dueña del querer de su prometido, lo mecía en el regazo de sus cálidas miradas...

Después de la fiesta, Gilberto, separándose con su hermano a su despacho, le solicitó su protección.

Un antagonismo absurdo se había creado entre los dos hermanos desde que Elena, que frecuentaba la casa, demostró su preferencia por Gilberto.

Ese antagonismo rayaba, por parte de Raul solamente, en odio.

De las anteriores manifestaciones se deduce la indiferencia con que Raul escuchaba a su hermano, quien, después de exponerle su apurada situación, añadió en tono de súplica:

—Raul, tú eres el único que puede ayudarme. ¡Si no lo haces, mi boda con Elena es imposible!...

Sin dar importancia al caso, Raul le contestó:

—Ya sabes que en este asunto precisamente somos dos enemigos. ¡Libreme Dios de ayudar a mi rival!

Encendido de cólera, Gilberto reprochó a su hermano:

—¡Caín!... ¿Desde cuándo los hermanos pueden ser rivales, aun tratándose de asuntos de amor?

—Tú no puedes hacer feliz a Elena... ¡No la mereces! —le escupió Raul.

—¡Miserable!... ¿Vales acaso algo más tú.. porque sabes robar el dinero de los pobres con tu banco?

Y Gilberto, cegado por la monstruosa actuación de su hermano en el terrible trance que estaba atravesando, se abalanzó a él, y una tremenda lucha, cuerpo a cuerpo, se desarrolló entre los dos.

Viéndose derribado por Gilberto encima de la mesa despacho, Raul buscó con una mano libre, en un cajón, un arma con que defenderse mejor.

Logrado su intento, Raul amenazó a su hermano; entonces éste, exasperado, torció la muñeca de Raul, y el arma, un revólver, se disparó, dando el tiro en el cuerpo del que había querido usarla.

El drama había sido inevitab'e... En un momento de olvido de su propia personalidad, llegóse a derramar sangre.

Gilberto, al ver desplomarse como muerto el

cuerpo de su hermano, sintióse enloquecer de dolor.

Al ruido de la detonación, acudieron la Marquesa y Elena, que pasaba una temporada en el castillo.

En presencia de la espantosa tragedia, las



Viéndose derribado por Gilberto encima de la mesa despacho... dos mujeres quedáronse aterradas.

Elena contemplaba, desde lejos, desorbitados sus ojos, a Raul, tendido en el suelo, ensangrentado.

—¡Hijo mío, qué has hecho!—exclamaba la Marquesa ante el arrepentido culpable.

Inmediatamente el cuerpo de Raul fué tras-

ladado a su habitación y avisado el médico.

Por fortuna, la herida no era mortal y de fácil curación.

Pero la fuga de Gilberto se imponía con la mayor rapidez, antes de que la justicia pudiera tomar parte en el asunto.

Fué la misma madre quien, vencíendose a sí misma, aun tuvo la serenidad de poner en salvo a Gilberto.

—Hijo mío, el tiempo todo lo borra... Cuando hayan pasado algunos años, podrás volver sin temor—dijole mientras lo despedía en el castillo.

Elena interrumpió la triste escena con su llegada a presencia de ellos para informar a la Marquesa de que el herido la llamaba.

Una corriente de emoción se estableció entre madre e hijo y fué sólo tras duras penas que pudieron separarse: la mujer, a consolar al otro hijo, y el inconsciente culpable, a sufrir la penitencia de su delito, que plenamente se imputaba por haber dimanado de su debilidad en el juego.

Al desaparecer su madre hacia las habitaciones altas del castillo, donde estaba Raul, Gilberto y Elena se quedaron solos y frente a frente.

No osaba mirarle a la cara.

En el rostro de ella se pintaba la piedad infinita.

El, al fin, le preguntó, estrechándole las manos:

—Elena... Elena, ¿no reniegas de mí?

La novia rumoreó:

—Vuelve pronto... Te esperaré.

Tras esto, bruscamente se separaron, para ocultar él, a los ojos de su prometida, el raudal de lágrimas que manaba de los suyos...

* * *

Aquel día precisamente era el aniversario de la horrible jornada, y al regresar a la Alcaza ba Gilberto sintió con más intensidad que nunca su monstruoso dolor.

Rosita, como de ordinario, estaba a la expectativa de su llegada, atenta siempre a procurar que él la dirigiese alguna lisonja.

Pero Gilberto no parecía fijarse en ella y con más despego que otras veces, sin cambio alguno sin embargo en su cortesía, le pidió:

—Señorita, ¿tendría la amabilidad de proporcionarme recado de escribi?

Ellos estaban entonces en el cuarto que servía de despacho del establecimiento.

Rosita no tuvo, pues, más que indicar que encima de la mesa había lo que Gilberto necesitaba; pero éste, cogiendo el recado, manifes-

tó con el gesto que escribiría en su habitación.

Colgada de la pared del despacho había una funda de revólver con el arma dentro; Gilberto la había divisado así que llegó en dicho cuarto y, aprovechando un momento en que Rosita, con solicitud de hermana, cambiaba por una nueva la enmohecida pluma que él debía emplear, se apoderó del arma, dejando en apariencia intacta la funda.

Tras esto, se retiró a su albergue.

Rosita, a pesar de estar acostumbrada a la recogida existencia de Gilberto, notó aquel atardecer en él un no sabía qué de extraño.

De súbito, el movimiento de péndulo de la funda del revólver de Saratí que soportaba una larga correa, fué un indicio para Rosita de sospecha de que algún mal consejo quería hacer cometer una torpeza al solitario.

Con angustia mortal se cercioró Rosita de la evidencia de su duda encontrando vacía la aludida funda, y cautelosamente subió al tejado del palacio, a donde daba la ventana del cuarto de Gilberto, y con sigilo espío lo que ocurría en el interior.

Gilberto, con firme resolución había escrito esta carta:

Querida mamá: Me faltan fuerzas para seguir sufriendo de este modo. Elena no contes-

*ta mis cartas... ¡Habr  renegado de mí...
Siento el hondo pesar que voy a causarte...
pero he decidido quitarme esta existencia que
ya me es odiosa...*

¡Perdóname, madre m !

Ya no verás más a tu pobre hijo

Gilberto.

El sobre en que el suicida encerraba su adiós
a la madre, iba dirigido a la

Sra. Marquesa de Keradec

Castillo de la Roche

Plangoet

Terminada esta operación, Gilberto se puso
en pie, contempló un instante el revólver que
suprimiría para siempre su mal moral, y salió
luego, intangible en su desesperada determi-
nación, de su albergue.

Rosita, que desde el primer momento com-
prendiera lo que intentaba hacer Gilberto, lo
detuvo en el tejado.

—¡Gilberto! ¿Qué va usted a hacer?

Gilberto, sorprendido, pretendió disimular.

—No es necesario que me finja usted... S 
cuales son sus terribles propósitos... Por Dios,
no los lleve a cabo... —suplic le Rosita.

Gilberto, sensible a la cariñosa acogida que
siempre le había demostrado Rosita, alivi se
en su bondad.

—¡Mi vida es tan odiosa!...—plañi se él.

—Usted no merece ser tan desgraciado, es
cierto... —consol le Rosita dulcemente—pero
si se desespera es porque no tiene a nadie a
quien confiar sus penas... Necesita un alma
amiga... ¡y yo sería tan dichosa de merecer su
confianza!...

—¡Qué buena es usted, Rosita!

—Bah, no lo crea... Soy muy mala y me
gusta reñir a los que no hacen bien las cosas...
Por de pronto, me promete no volver a pensar
más en la muerte, ¿verdad? ¿Cómo se le pudo
ocurrir tal desatino!

—Hay momentos en la vida que uno ansía
la desaparición... Pero ya pasó... Prometo ser
más hombre.

—F o en su palabra... Y quedamos en que
me ha prometido abrirme el corazón, ¿eh?

—Gracias, Rosita... Los hombres no deb e-
ramos dudar nunca de que hay  ngeles sobre
la tierra.

Loca de contento estaba Rosita por su triun-
fo... mientras que Gilberto, sin acertar a ex-
plicarse la verdadera causa, sentía una caricia
en su corazón afligido.

Para evitar que otro asalto de demencia hi-
ciera reincidir a Gilberto en su idea de exter-
minio, Rosita guard se el revólver e h zole
romper la carta que él escribiera antes.

Gilberto obedeció automáticamente y los pe-

dazos del escrito, arrojados desde el tejado, cayeron alrededor del portero Achmet, que a la sazón «tomaba el fresco» a la puerta del hotel, reponiendo sus «fatigas» sentado en el suelo a medio dormir.

El «listo» guardián de la posada olió que



—Fío en su palabra... Y quedamos en que me ha prometido abrirme el corazón, ¿eh?

aquellos papeles no los enviaba el cielo y que algo debían contener que bien podría ser interesante para el «amo». Con ganas de hacer méritos de fidelidad perruna, Achmet recogió uno por uno los desperdicios de la carta de Gilberto y se los entregó, sin faltar, al pa-

recer, ni uno de ellos, a Sarati, informándole de cómo habían llegado a sus pies.

Por la noche, Sarati ejecutaba un minucioso trabajo de rompe-cabezas, empalmando con extraordinaria curiosidad, los recortes del manuscrito de Gilberto.

A la misma hora, alguien anhelantemente trataba de descorrer el tupido velo que oculta el porvenir. Era Rosita, a quien Remedios tiraba las cartas.

Entretanto, en el atrio del fonducho, los miserables concurrentes sin otra silla que las losas y sus posaderas, pasaban, a su manera, la velada. Quien no bailaba con esa peculiar sicalipsis de los árabes, cantaba y quien ni esto hacía, se fastidiaba.

Rosita estaba pendiente de las revelaciones que Remedios leía en los naipes, y se entusiasmó al oír las siguientes sentencias de la pitonisa de ocasión:

—No puede estar más claro: ahora tu señorito está bajo el influjo de otra... pero acabará despepitándose por tu amor.

—¿De veras?...—preguntó incrédula de tanta probable dicha.

—Y tú...—prosiguió la huri de baratillo— ¡le quieres ya como una tonta!

Sarati, en colaboración con el diablo, reconstituía el escrito de Gilberto.



... desparramó los naipes sobre la mesa con su cayado, mofándose encima de la superstición de las dos mujeres.

Discípulo aventajado del mal, el infame, mientras en contraposición con sus abyectos sentimientos Rosita palpitaba de dulce emoción, Sarati preparaba en el acto el «*chantage*» que le proporcionaría un negocio redondo.

He aquí la carta que la de Gilberto le sugirió escribir a su madre:

Muy señora mía:

Hace tres meses que albergo en mi hotel a su señor hijo Gilberto. El chico es muy simpático, pero ha cometido alguna calaverada, y yo le he prestado dinero. Como no soy rico, y me debe además el importe de su pensión, me veo precisado a recurrir a usted rogándole me remita la cantidad de 5.000 francos a que asciende la totalidad de lo adeudado.

De usted afmo. s. s.

Sarati.

El repugnante ser vislumbraba de antemano la posesión del dinero de su calumnia.

Rosita, con Remedios, seguía pidiendo datos «concretos» a las cartas, y al remate de la consulta preguntó a la adivinadora:

—Bueno... dime ya el final... ¿nos casaremos?

Compleja era en verdad la solución del grave problema planteado por Rosita, mas Remedios se vió libre de resolver el caso con la aparición de Sarati quien, antes de partir a dar

curso él mismo a su traición, entraba a saludarlas.

Las dos mujeres escondieron las cartas con apresuramiento. Ello no obstante, Sarati descubrió el juego y sin respetar la ilusión siquiera del ser que era su único afecto, desparramó los naipes sobre la mesa con su cayado, mofándose encima de la superstición de las dos mujeres.

Pasaron varios días. La dura existencia de Gilberto seguía lo mismo, pero la soportaba con menos desesperación y su ánimo estaba algo más levantado.

Mudelo, el traficante en carbones que contratara a su servicio a Gilberto, sabía lo suficiente de este valle de lágrimas para convencerse de que Rosita sentía algo más que simple simpatía por su obrero. Y como la conocía de pequeña y le había cobrado desinteresado afecto, díjole cierta mañana:

—Chiquilla; veo que este joven te interesa mucho. Anda, pues: sé tú quien le comunique la buena noticia.

—¿No se lo ha dicho usted aún?

—Quiero cederte, en este caso, mi puesto.

—¡Oh, gracias!

Tiempo le faltó a Rosita para, a la hora de

comer, ir a anunciar a Gilberto lo que Mudelo había dispuesto acerca de él.

—Gilberto, estoy loca de contento... ¡Alégrese, hombre! ¡Mudelo le nombra capataz!

Dos alegrías le había comunicado a un tiempo Rosita a Gilberto: su ascenso... y su propia alegría...

—Mañana es fiesta. Tía Conchita nos ha invitado a la feria... ¿Quiere usted reunirse allí con nosotros?—propuso Rosita a Gilberto.

En tanto que ellos seguían juntos como verdaderos amigos, Mudelo, con quien conversaba Sarati, dijo a éste, hablando por hablar:

—Me parece que Rosita se interesa mucho por su inquilino.

—¿Usted cree?...

—Nada tiene de extraño, amigo. ¡Los jóvenes van tomándonos el sitio a los viejos!

Pero a Sarati no le hizo mucha gracia la observación. Precisamente porque Rosita no era su hija, era para él algo más que una hija y, sin haberlo madurado, tenía concebido algún plan que se iba al traste con la intromisión del vagabundo.

La cólera que encendió en Sarati el temor de que pudiera serle arrebatada Rosita por Gilberto, hizo sospechar la verdad a Mudelo, que se arrepentía de haber, sin quererlo,

puesto en guardia contra un tremendo peligro al semi salvaje Sarati quien se vendió definitivamente dando una imperiosa voz a Rosita para separarla del supuesto cortejador.

Al tenerla a su lado, Sarati objetó a su ahijada, con cierto rigor:

—No me gustan tantas franquezas con este presumido antipático.

La muchacha olvidó el reproche con un recuerdo que la estremecía de gozo...

Al día siguiente.

La feria de Argel es de lo más animado y pintoresco.

La tía Conchita, como la llamaba Rosita por ser hermana de Sarati y de la tía Remedios, había congregado en el jardín de su casa, en torno a una mesa, a sus dos hermanos, a Beppo y a Rosita.

De repente, Rosita se levantó de su silla y señaló con el dedo a alguien que sus ojos al fin habían descubierto:

—¡Es él!... El señorito Gilberto—dijo.

Sarati indignóse por sus adentros.

En efecto, era Gilberto quien acababa de aparecer. Iba con el traje de las fiestas en compañía de Mudelo. Ambos se acercaron al grupo formado por la familia de Sarati y, previos saludos y ahogados suspiros de Rosita,

rodearon también la mesa en la que no faltaba una botella de buen vino.

Mudelo, para anunciar oficialmente el nuevo cargo de Gilberto, levantó su copa en alto y propuso:

—Bebamos a la salud del nuevo capataz.

Sumáronse todos los parientes al brindis y a poco del mismo Rosita y Gilberto, ella cogida de un brazo del galán, así como el resto de la familia y Mudelo, dieron una vuelta por la feria.

De regreso a la casa de la tía Conchita, los dos jóvenes se apartaron de los demás.

Sarati, al advertirlo, no pudo disimular su excitación y Mudelo trató, con una pregunta, de saber exactamente cuáles eran las intenciones del padre adoptivo de Rosita.

—Pero Sarati, ¿a qué viene esa cara de entierra-muertos? ¿Serías capaz de estar celoso? ¿Estaría bueno!

Fuera de sí, Sarati necesitaba desahogarse en alguien y le vino bien poder regañar a Beppo:

—¡Mastuerzo!... ¿No te encargué que no los perdieras de vista? Anda a cumplir tu obligación.

Rosita, apasionada de Gilberto, fué tan lejos en sus insinuaciones amorosas, tiernas e ingenuas, que ya él no pudo sustraerse a darse

por aludido. Durante varios días había luchado consigo mismo para rechazar una idea que las atenciones de Rosita pusieran en su mente. Pero ya no podía más... se sentía agradecido a tanta fe de Rosita y el suave contacto de su cara sobre su pecho, en señal de confesión y de confianza absoluta, le obligó a hablar:

—Rosita... usted ignora que yo soy un hombre fracasado... No tengo derecho a la felicidad.

—¡Por qué no ha de merecerla, Gilberto, si es usted tan bueno?

Beppo, a pocos metros de ellos y oculto entre unos arbustos, espío un momento a la pareja que se murmuraba cosas agradables, y apresuróse a llevarle a Sarati el soplo:

—Están tan arrimaditos, que entre los dos no cabe un papel.

Dominado por los celos, Sarati avanzó con misterio hacia donde cortejaban los jóvenes.

—Gilberto, arranque de su corazón esos recuerdos ingratos que lo entristecen... Piense sólo... ¡en mí!

Fué tan sublime su frase, que Gilberto siguió sin vacilar el dictado de su conciencia, y acercando sus labios a su rostro depositó en él un beso de gratitud y amor, y le replicó:

—Tú eres mi ángel tutelar... ¡mi único bien! Sarati, en vista de lo que acababa de presen-

ciar, alcanzó a los enamorados, apartó brusca-
mente a Rosita de Gilberto, ordenándola re-
gresara al lado de las tías y, encarándose con
el joven, le objetó:

—¡Esta chica es mía! ¡Ya comprenderás
que no la saqué de la Inclusa y cargué con las



Sarati, en vista de lo que acababa de presenciar, alcanzó a los
enamorados...

molestias de su infancia para que ahora que
la flor está madura venga otro y se la lleve!

Gilberto sostuvo la mirada que le dirigía
Sarati y le respondió, inclinándose ante la
fatalidad:

—Su acción no es muy altruista... Pero

comprendo que no tengo derecho a cruzarme
con el destino de Rosita... ¡No tengo ya dere-
cho a nada!

Al día siguiente, Gilberto abandonaba el
hotel.

Rosita, vigilada desde la víspera por Sarati,
le vió partir y su tristeza no tenía límite.

Su padre adoptivo, con extraños acentos en
sus palabras, apartóla de su lugar de obser-
vación:

—Olvídale, tontina.. —le dijo—. Me consta
que es un noble... Nunca se podría casar conti-
go.. Sabe Dios las intenciones que tenía.

Rosita no hizo caso a Sarati y encerróse en
su habitación para llorar...

Despechado, Sarati dió estas órdenes a su
hermana Remedios:

—No quiero que vuelva a ver a ese indivi-
duo. No debe ir ni a la cantina. Tú ocuparás
su puesto allí.

Remedios, asombrada, osó replicar:

—No comprendo a qué viene tanto rigor.
¿Habrás tenido la ocurrencia de enamorarte
de este angelito, viejo decrépito?

—¡Hago lo que me acomoda, idiota!

Propóníase añadir algo más Remedios, pero
un soberbio manotazo de su hermano en ple-
no rostro le indicó que sería inútil llamar a la

puerta de su corazón en aquellos momentos de enojo.

*
**

El buque *Tigmad* ladeaba las hermosas costas mediterráneas.

No habían de faltar en el buque los murmu-



Una pareja cuchicheaba acerca de otra.

radores, que están en todas partes.

Una pareja cuchicheaba acerca de otra:

—Pero ¿no había anunciado Elena su boda con el otro hermano Gilberto?—preguntaba la mujer.

—Sí, pero hubo un lío tremendo. Se habló

de accidente, de asesinato, de pérdidas en el juego... El hecho es que murió la madre del disgusto. Gilberto desapareció y el hermano, repuesto de su herida, supo arreglárselas para casarse tan bonitamente con la viudita.

El motivo de ocuparse de Elena y Raul la pareja en cuestión era debido a que éstos se encontraban a bordo del referido barco.

Raul estaba muy ufano de poseer a Elena y no cesaba, en toda ocasión propicia, de demostrarle su gran cariño. Algunas noches, solo con su esposa, sobre cubierta de la nave, frente a la sombría inmensidad del universo, se repetía, acariciándola, que sin Elena la vida no hubiera tenido jamás el encanto que gozaba...

Sobre las viejas murallas de Argel, Gilberto había hallado nuevo y mejor albergue.

Por su parte, Sarati apuraba todos los medios para atraerse a Rosita.

Pero ni él encontraba palabras para exponer su innoble pasión ni ella prestaba oídos a otras voces que no fuera la de su corazón.

En la rada de Orán, Raul recibió dos cartas, una de ellas dirigida a su esposa Elena, de su modista, y la otra a sí mismo procedente del notario de la familia.

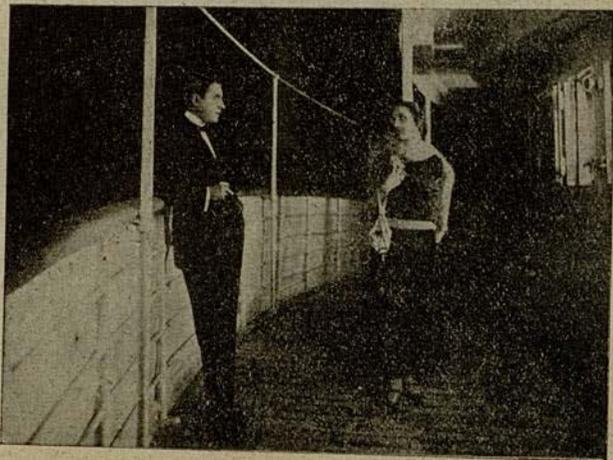
Este escrito decía:

Muy señor mío:

Tengo el honor de remitirle una carta recibida poco después de su partida y a nombre de la difunta señora Marquesa.

Su afmo. amigo'y administrador

Brevilly.



Algunas noches, solo con su esposa, sobre cubierta de la nave, frente a la sombría inmensidad del universo...

La carta aludida por el notario que acompañaba con la suya, era la que Sarati escribiera a la madre de Gilberto para que le enviara 5.000 francos so pretexto de que su hijo se los debía.

Raul ocultó dichas cartas a Elena y por no sabía qué temor deseaba que el vapor no tuviese necesidad de hacer escala en Argel.

Sin embargo, a penas esfumábase su temor con la posibilidad de no detenerse en Argel, el capitán del *Tigmad* notificaba a los viajeros que, como Raul y Elena, estaban sobre el puente, que al día siguiente podrían visitar el puerto y la citada ciudad, pues el vapor acosaría para aprovisionarse de carbón.

Las atenciones que Sarati prodigaba a Rosita producían bien distinto resultado al deseado. Cuanto más se esforzaba Sarati en serle agradable, más repugnancia sentía la joven hacia el que miró siempre como un padre.

Aquella noche, entre caricias más o menos soportadas por Rosita, Sarati le adornó el cuello con un collar.

Rosita aceptó el obsequio por fuerza pero se lo quitó de encima y cuando se levantó de la mesa, para volver a su cuarto, tiró el regalo encima de un mueble del comedor.

Sarati no había visto el gesto despreciativo de su ahijada y si estaba agitado era por la indiferencia que ella le demostraba.

Remedios advirtió el desprecio hecho por la muchacha a Sarati y cogiendo el collar abandonado y mostrándoselo, le dijo:

—Parece que hayas perdido el seso, Sarati... ¡Ya puedes hacer regalos... no has de conseguir nada!

Ante la evidencia de su fracaso, Sarati encendióse de rabia y tramaba los más disparatados proyectos.

En su habitación, Rosita, no pudiendo soportar a solas su infortunio, escribió la siguiente carta a Gilberto:

«Gilberto:

El que hasta hoy me hizo de padre ha concebido por mí una pasión que me repugna, por lo que ha muerto en mi corazón todo el antiguo afecto que le profesaba. Mientras yo sufro horriblemente por tal estado de cosas, usted no me escribe ni trata de verme... ¿Por qué me abandona cuando me siento tan sola?

Rosita.»

Terminada esta misiva, la joven salió de su cuarto y se aseguró la ayuda del portero que prometió guardarle el secreto.

—Lleva esta carta al señorito Gilberto. Vive en la Muralla frente a la casa del otro capataz del puerto—le encargó.

—Se la llevaré inmediatamente—aseguró el requerido.

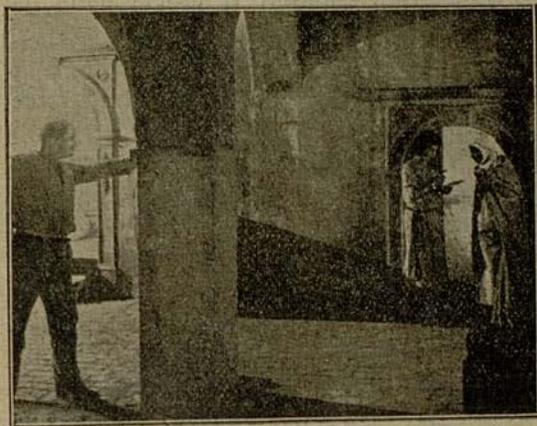
Pero Sarati había estado espiando...

Y aquél hubiese obedecido de no impedírse-

lo su amo que le arrancó la carta de las manos.

La lectura de la misma fué el golpe final que despertó a la fiera con la furia de los celos y del despecho.

Sin que Rosita pudiera evitarlo, Sarati, con



Pero Sarati había estado espiando...

un vil propósito en el espíritu y en la carne, entró en la habitación de ella y tras un breve rumoreo de reproches arrojósele encima derribándola sobre el virgen lecho...

Rosita, empavorecida, forcejeó con el salvaje y pudo, de milagro, escapar en dirección al

cuarto de Remedios, a quien puso al corriente del estado de Sarati.

Remedios, dispuesta a todo por proteger a Rosita contra el villano, cerró la puerta de su cuarto, cogiendo entre la hoja y el marco de la misma, la mano de su hermano que había perseguido a la deseada. Sarati lanzó ayes profundos de dolor y libertó su herida mano de la presión que sobre ella ejercía Remedios.

Luego ésta hizo huir precipitadamente a la infeliz recomendándole que fuese a refugiarse en casa de tía Conchita.

Rosita se tropezó con Beppo, ebrio, cerca del hotel y lo apartó de sí de un empujón para que no la reconociera.

Pero Beppo ya la había visto y el collar que se le cayó del cuello al suelo—pues Sarati se lo volvió a poner, a la fuerza, en el cuarto donde quería mancillarla—, le confirmó que la fugitiva era Rosita. Y el sobrino de Remedios, a fin de ganar algunos cuartos por su innoble proceder, la siguió para delatar después a Sarati lo que viese.

Rosita se inclinó de pronto hacia la protección de Gilberto y a poco, a través de tortuosas calles, llegó a su refugio.

El extrañóse sobremanera al verla en el umbral de su casita y sin vacilar le dió hospi-



El extrañóse sobremanera al verla en el umbral de su casita...

alaria acogida olvidando las amenazas de Sarati.

—¿Qué le sucede, Rosita?—preguntóle al ver reflejada en su rostro la más intensa angustia.

—¡Ay, Gilberto, si usted supiera!... Mi padre adoptivo ha tenido un arranque de locura... ¡Quería morderme!... Es de noche... Tengo miedo de ir a casa de tía Conchita... Guárdeme usted aquí hasta mañana.

Gilberto comprendió en el acto el terrible significado de lo relatado por la inocente Rosita y le contestó:

—Sí, quédese usted aquí esta noche; mañana veremos lo que procede hacer.

Y la cedió su lecho con la nobleza de la honradez.

Rosita olvidó bien pronto la terrible escena; sintió que un indecible bienestar embargaba su alma y durmióse para soñar cosas de color de rosa.

La reaparición de Rosita en la vida de Gilberto contrastó con el recuerdo de Elera, que ya no constituía para él una dulce evocación, sino la imagen de algo que rememora palabras empeñadas y compromisos de honor...

Al día siguiente.

Aunque no se atrevía a confesárselo, Gilberto sentía por Rosita un sentimiento cada vez más hondo... ¿Acaso no era la única que

le demostró un amor desinteresado en sus más terribles momentos?

Como el padre cariñoso despierta a sus queridos hijos antes de acudir, al despuntar el alba, al trabajo, así Gilberto presentóse en el cuarto que cediera a Rosita la víspera.

—Buenos días, Gilberto. ¿Ha dormido usted bien?—interesóse ella.

—Perfectamente, gracias, ¿y usted?...

—Con toda tranquilidad... sabiéndome bajo su techo.

Se desayunaron juntos y en el momento de partir a su labor Gilberto le manifestó:

—No puede permanecer aquí por más tiempo, Rosita. De modo que después del trabajo la acompañaré a casa de su tía doña Conchita.

Sarati, en su casa, después de una noche de insomnio y de sufrimiento a causa de su herida en la muñeca, saltó de su cama y su primer cuidado fué comprobar si Rosita estaba en su habitación.

Como no la viera en ella y la cama no había sido levantada, buscó a su hermana y preguntó por la muchacha.

—¿Rosita?... Está en casa de tía Concha huyendo de las fieras que andan sueltas por esta casa... ¡Pobre angelito!... ¡Parece mentira

que no te caiga la cara de vergüenza! Ven aquí, loco; deja que te cure esa mano...

Sarati, algo calmado al enterarse de que Rosita estaba en sitio seguro para volverla a su casa, dejóse curar por su hermana y, terminada esta operación, expuso:

—¡Iré a buscarla!

Rosita, entretanto, sola en casa de Gilberto vió una fotografía de Elena y como el corazón amante es ya de suyo pesimista, ella dedujo del intempestivo hallazgo los más desastrosos razonamientos...

Al tiempo que con majestuoso paso entraba en el puerto de Argel el paquebot *Tigmad*, Sarati se enteraba por boca de tía Conchita que ella no había visto a Rosita desde el día de la feria, y Beppo preguntaba por Sarati a Achmet, el portero del hotel, para revelarles donde se ocultaba Rosita.

Durante la mañana, ésta recibió el siguiente aviso de Gilberto entregado a mano por un obrero:

Rosita: No me espere esta noche, pues hay un buque en puerto. Siga en mi casa y mañana la acompañaré a casa de su señora tía.

Gilberto.

Disgustóse Rosita, pues se sentía inmensamente sola y triste sin la compañía del hombre que adoraba...

Los pasajeros del *Tigmad* descendieron a tierra y en comitiva subieron en coches para visitar rápidamente la ciudad.

Raul no formó con la comitiva, disculpándose de ello cerca de su esposa y de todos de esta manera:

—No puedo acompañarles: tengo algunas diligencias que hacer. Nos reuniremos en el vapor a la hora de comer.

El objeto de quedar libre Raul era, como se supone, ir a ver a Sarati, que era quien había escrito la carta de marras a su finada madre, y arreglar con él el asunto que se refería a su hermano.

Tampoco Raul encontró en el hotel a Sarati, que iba de un lado para otro de la ciudad, ni a Gilberto, pero le dejó a éste cuatro palabras escritas que entregó a Remedios, y las cuales eran las siguientes:

Gilberto:

Nuestras existencias siguen caminos divergentes. Para evitar roces y explicaciones penosas, daré orden a mi notario de que te remita la cantidad de un millón de francos que es lo que te corresponde de la herencia de nuestra madre. ¡Para bien de los dos es preciso que no nos encontremos jamás.

Raul.

Gilberto tenía el encargo de dirigir el aprovisionamiento de carbón del *Tigmad* y en él vió pintadas en algunos mundos y maletas ciertas iniciales bien conocidas, y en uno de los baúles el nombre, inscrito en una tarjeta, de Raul de Keradec.



Tampoco Raul encontró en el hotel a Sarati, que iba de un lado para otro de la ciudad,....

Atónito quedóse Gilberto al relacionar las iniciales con este nombre y un oficial de a bordo que le sorprendiera en contemplación de los bultos le dijo:

—Este es el equipaje de los Marqueses de Keradec.

El efecto que le produjo esta revelación fué como el de un golpe de maza sobre el cráneo.

Para convencerse, por sus propios ojos, de la verdad, Gilberto vigiló el regreso de los pasajeros pues no tenía que moverse del barco.

Elena volvió, como se había ido, sola, y Gilberto se le presentó en el marco de la ventanilla del camarote.

Elena creía estar soñando y balbució:

—¿Es posible?...

—Sí, yo... ¿es que ya se ha olvidado de mí? —dijole Gilberto introduciéndose en el camarote.

—¿Qué hace usted aquí?... ¡Y vestido de este modo! ¡Por favor no me comprometal.. Pero ¿cómo usted de esta forma?...

—Comprendo que le repugne y estoy dispuesto a devolverle su palabra... ¿La ha respetado usted?

Elena estaba desconcertada y pretendió explicarse vanamente.

—No quiero arrancarle confesiones penosas —añadió Gilberto con desprecio—. Me presumía esta traición tan odiosa por parte de mi hermano como por la de usted. ¡Sólo quiero tener la satisfacción de decirle que igual asco me produce su mano con esta sortija que las mías ennegrecidas por el trabajo honrado y regenerador!

Y la pobre Elena, que se vió echar en cara una traición que no había cometido a sabiendas, vióse obligada a ahogar su pena en el fondo de su alma cuando regresó Raul, para no provocar un nuevo drama...

Sarati, enterado por Beppo, que al fin lo pudo encontrar, de que Rosita había pasado la noche anterior en casa de Gilberto, le cobró, más vengativo que nunca, un odio sangriento.

Y en su busca fué.

Mudelo, inconvenientemente, lo puso en el buen camino para encontrarlo enseguida y a poco el salvaje se hallaba en las carboneras del barco, frente a frente con su rival, a quien provocó:

— ¡Dime inmediatamente dónde has escondido a Rosita!... ¡Ladrón, tú me la has robado!

— ¡Está bajo mi protección y al abrigo de todo asalto brutal! — le reconvinó Gilberto.

Sarati, cegado por la ira, se abalanzó a Gilberto y tras terrible lucha cuerpo a cuerpo lo hirió a traición asestándole un golpe en la cabeza con un hierro.

Cometido su crimen, Sarati huyó de la persecución de algunos obreros que se dieron cuenta del suceso, y en su fuga se cayó al agua arrastrando consigo una lluvia de carbón en enormes bloques que desbordaron de una de

las barcazas dispuestas para aprovisionar el barco.

Su muerte fué, pues, irremediable. ¡El mismo se la ocasionó por obra, sin duda, de la Justicia!

El Doctor, que se hallaba reunido con los pasajeros, fué avisado para que prestase al herido la luz de su ciencia.

Raul y otros viajeros siguieron al galeno para ver al herido.

Frente a su hermano tendido en una camilla, y pasados los primeros momentos de sorpresa, Raul experimentó la horrible angustia que sintiera Caín cuando, ante Dios, se halló frente a frente con Abel.

Las señoras, curiosas, se acercaron también al herido y Elena, con honda emoción, reconoció a Gilberto, su víctima, y dirigió una mirada de reproche a su marido, murmurándole asimismo:

— Raul, ahora siento todo el peso de la horrible acción que me indujiste a cometer.

— Elena, perdóname... ¡Te amaba tanto! — confesó Raul apenado.

••

Gilberto fué conducido a la enfermería del puerto donde recibió la primera cura.

Avisada, Rosita acudió a consolarle.

—¡Gilbertol... ¡Amor mío! —exclamó al verle postrado en el lecho.

—Rosita... Mi ángel custodio... ahora puedo amarte libremente — suspiró él dándole un tierno abrazo.

Inopinadamente apareció Elena. Rosita, re-



Rosita, recordando haber visto su retrato, palideció.

cordando haber visto su retrato, palideció. ¿Iba tal vez a quitarle su amor, su único amor aquella mujer?

Pero Gilberto la libró de la torturante duda dirigiendo estas palabras a la recién llegada:

—Señora Marquesa de Keradec, esta joven

que aquí ve me sostuvo en los momentos de mi mayor desdicha cuando todos me abandonaron. Usted regresará a París antes que yo. Tenga pues la bondad de anunciar la próxima boda del Conde de Keradec.

Rosita ensanchó su corazón con la esperanza de una próxima realidad...

Y la pobre Elena, por haber escuchado las falaces palabras del hermano desleal, sintió en pleno rostro, como una bofetada sangrienta, los reproches que le lanzó Gilberto.

Antes de alejarse del hombre engañado, Elena dijo a Rosita:

—Dichosa tú que has sabido permanecer fiel a un ideal... ¡Hazle muy feliz!

**

Dos días después el *Tigmad* se mecía de nuevo en las olas.

Elena sentíase, por segunda vez, atada en matrimonio a un hombre que se le había hecho odioso por haber sido tan cruel; y Rosita escuchaba con toda su alma la declaración sincera del amor sublime de Gilberto:

—Te amo... niña querida... te amo... —le susurraba al oído.

Y ella se estremecía...

FIN

(Prohibida la reproducción)

Revisado por la censura militar

PRÓXIMO NÚMERO:

La sentimental comedia dramática

Redención

magistralmente interpretada por la
simpática «star» americana

Norma Talmadge

EMOCIÓN — GRAN EXITO

Postal-fotografía:

Douglas Mac Lean

LA NOVELA SEMANAL
CINEMATOGRAFICA

Sale todos los miércoles

Precio, 25 céntimos

Talleres Gráficos E. VERDAGUER MORERA
Topete, 2 al 16 — Tarrasa

La Novela Semanal Cinematográfica

Números publicados

1, No hay juegos con el amor, 6 ediciones. 2, El Valle Florido, 3 ediciones. 3, Amor de madre, 3 ediciones. 4, La Virgen de las Rosas, 3 ediciones. 5, La culpa ajena, 3 ediciones. 6, De hombre á hombre, 3 ediciones. 7, Una mujer, 3 ediciones. 8, Pesadillas y supersticiones (extraordinario), 3 ediciones. 9, Desinterés, 3 ediciones. 10, El Hábito, 3 ediciones. 11, Jimmy Sansom, 3 ediciones. 12, La primera novia, 3 ediciones. 13, El pequeño Lord Fauntleroy (primera jornada), 3 ediciones. 14, El pequeño Lord Fauntleroy (segunda jornada), 3 ediciones. 15, La tormenta, 3 ediciones. 16, Flor de amor, 3 ediciones. 17, La Pantera Negra, 2 ediciones. 18, Bajo dos banderas, 2 ediciones. 19, Corazón de lobo, 2 ediciones. 20, Sueños juveniles, 2 ediciones. 21, El mundo y la mujer, 2 ediciones. 22, Corazones humanos, 2 ediciones. 23, El premio gordo, 2 ediciones. 24, La desconocida, 2 ediciones. 25, Robín de los bosques (extraordinario), 2 ediciones. 26, La Verdad Desnuda, 2 ediciones. 27, El octavo no mentir, 2 ediciones. 28, Cleo la francesita, 2 ediciones. 29, La hija del pasado, 2 ediciones. 30, La chica del taxi, 2 ediciones. 31, La hija de los traperos, 2 ediciones. 32, El príncipe escultor, 2 ediciones. 33, Llovido del cielo, 2 ediciones. 34, Mujeres frívolas, 2 ediciones. 35, Al calor del hogar, 2 ediciones. 36, Sapho, 2 ediciones. 37, Directo de París, 2 ediciones. 38, Lo que vale una mujer, 2 ediciones. 39, El Valle de los Gigantes, 2 ediciones. 40, La sombra del padre, 2 ediciones. 41, Madame Morland (extraordinario), 3 ediciones. 42, Un juego

peligroso. 43, De mal agüero. 44, Veintitrés horas y media de permiso, 2 ediciones. 45, El delincuente. 46, La hija del arrabal. 47, El rancho del oro, 2 ediciones. 48, El falsario. 49, De los confines del silencioso Norte. 50, Entre hielos. 51, La Rosa de Nueva York (extraordinario), 2 ediciones. 52, El precio de la belleza. 53, Contra viento y marea, 2 ediciones. 54, No me olvides, 2 ediciones. 55, En los jardines de Murcia (María del Carmen). 56, Sacrificio de amor. 57, Eugenia Grandet, 2 ediciones. 58, La Bohème (extraordinario), 3 ediciones. 59, ¡Pobre Violeta! 60, Realidades de la vida. 61, ¡Estaba escrito! 62, Las dos huérfanas, 4 ediciones. 63, El pescador de perlas. 64, La sin ventura (extraordinario), 3 ediciones. NÚMERO ALMANAQUE. 65, La pequeña parroquia. 66, Frou-Frou. 67, La Famosa señora de Fair. 68, La apuesta sensacional. 69, El Secreto de Polichinela, (extraordinario). 70, La Quinta Avenida. 71, El duodécimo mandamiento. 72, Maruxa. 73, La hija del Nuevo Rico. 74, ¿Por qué cambiar de esposa? (extraordinario). 75, Relámpago. 76, La Dolores. 77, Como la arena. 78, La cuna vacía. 79, El encanto de Nueva York. 80, Borrascoso amanecer (extraordinario). 81, Rosario la Cortijera. 82, La película sin título. 83, Una mujer como otra cualquiera. 84, Todos los hermanos fueron valientes. 85, La batalla, (extraordinario). 86, Espejos del Alma. 87, Gloria fatal. 88, Lo que las esposas quieren. ESPECIAL DEDICADO A POLO. 89, Una novia para dos. ESPECIAL DEDICADO A MARY PICKFORD Y DOUGLAS FAIRBANKS. 90, El muchacho de París. 91, Las sentencias del Destino, (extraordinario).

Postal-fotografía:

1, Douglas Fairbanks. 2, Mary Pickford. 3, Charles Chaplin. 4, Perla Blanca. 5, Antonio Moreno. 6, Priscilla Dean. 7, Eddie Polo. 8, Mary-Douglas. 9, Francesca Bertini. 10, Harold Lloyd. 11, Constance Talmadge. 12, Frank Mayo. 13, Marie Prevost. 14, Ben Turpín. 15, Pina Menichelli. 16, Livio Pavanelli. 17, Norma Talmadge. 18, Tom Mix. 19, Gladys Walton. 20, Aimé Simon Girard. 21, June Caprice. 22, Sessue Hayakawa. 23, Alice Brady. 24, Georges Biscot. 25, Hesperia. 26, Harry Carey. 27, Mary Miles Minter. 28, Charles Ray. 29, Ruth Roland. 30, William Duncan. 31, Pola Negri. 32, Wallace Reid. 33, Elena Makowska. 34, Jorge Walsh. 35, Viola Dana. 36, Camilo de Riso. 37, Alice Terry. 38, Hoot Gibson. 39, Clara Kimball Young. 40, Lee Moran. 41, Maria Jacobini. 42, William S. Hart. 43, Tsuru Aoki. 44, Herbert Rawlinson. 45, Betty Compson. 46, Jackie Coogan. 47, Dorothy Dalton. 48, Larry Semon. 49, Mabel Normand. 50, Gustavo Serena. 51, Marie Dupont. 52, Alberto Capozzi. 53, Leatrice Joy. 54, Charles Hutchison. 55, Gloria Swanson. 56, Rodolfo Valentino. 57, May Mac Avoy. 58, Mario Bonnard. 59, Eva May. 60, Milton Sills. 61, Margarit Livingston. 62, Ermete Zacconi. 63, Mae Murray. 64, «Snub» Pollard. 65, Bebé Daniels. 66, William Farnum. 67, Catalina Williams. 68, Alberto Collo. 69, Lillian Gish. 70, Max Linder. 71, Hope Hampton. 72, Thomas Meigham. 73, Mary Philbin. 74, Ramón Navarro. 75, Alla Nazimova. 76, Tullio Carminati. 77, Virginia Valli. 78, Eric Von Stroheim. 79, Ruth Miller. 80, Will Rogers. 81, Jacqueline Logan. 82, Tom Moore. 83, Bessie Love. 84, Wesley Barry. 85, Mme. Robinne. 86, Lon Chaney. 87, Corinne Griffith. 88, Douglas Fairbanks (hijo). Polo (Especial), 89, Anita Stewart, Mary Pickford y Douglas Fairbanks (Especial). 90, Jack Pickford. 91 Italia Almirante Manzini.